

juez de Galilea, con quien estaba indispuerto, se lo remitió, para que le juzgase, y hacer así las amistades. No podia ser de otro modo, pues el Dios de la paz, aún en ocasion tan triste, á su costa la habia de proporcionar hasta entre sus enemigos. Fué pues Jesus conducido á la presencia de Heródes; se alegró este mucho, porque deseaba verle: le preguntó de su doctrina y de sus discípulos; pero un hombre tan perverso era indigno de oír la palabra de la boca de Dios; y así Jesus no le respondió cosa alguna. Incomodado Heródes, hizo vestir á Jesus con una túnica blanca, que era el traje de los locos, y le devolvió á Pilátos.

Yo quiero, señores, que reflexionéis un momento sobre este incidente, que aunque parece de ménos importancia, no lo era ni en Jesus, ni en las circunstancias. El Dios de las virtudes, de la prudencia y sabiduría infinita, el juez del universo, ¿tratado de insipiente y loco? y llevado así por entre un pueblo conmovido para que le insultasen, ¿no era acreditar Heródes su propia influencia, imbecilidad y locura?

Mas, pasemos adelante, que aún es poco; nada hemos visto todavía de las humillantes deshonras que sufrió Jesus, aunque van dichas tantas. Devuelto á Pilátos, otra vez le presentó al pueblo y les dijo: me habéis traído este hombre como sedicioso, y yo, despues de examinado, no encuentro en él causa alguna para condenarle; y ni Heródes, á quien le he remitido, la encuentra tampoco; así yo le corregiré y le dejaré libre; ¿qué contradiccion tan loca, injusta y monstruosa! Sabes Pilátos lo que te dices? ¿No encuentras en Jesus causa, y piensas corregirle? ¿De qué le has de corregir, si tú mismo dices que es inocente? Enmendado, le dejaré libre dice? Y de qué se ha de enmendar? Ya no deberá segun eso curar los paralíticos, sanar los leprosos, ni saciar otra vez la multitud hambrienta. De qué se ha de enmendar? ¿Será de dar vista á los ciegos, agilidad á los tullidos y vida á los muertos? Ó juez inicuo y perverso, por débil y miserable. Permitidme aquí, señores, que yo aumente algo á la reflexion del Padre san Agustín. Dice, que Pilátos fué en comparacion con los judíos mas inocente que ellos; y yo digo que es la suma de la perversidad é injusticia conocer y confesar públicamente la inocencia, y castigarla; los judíos tuvieron sobre sus ojos un oscuro velo, una losa para no conocer á Jesus, y así le condenaban por criminal; Pilátos le conoció

por inocente, y le quiso enmendar y corregir. Monstruo horrendo! y ¿qué enmienda ó correccion es la que piensa hacer este malvado? Ya la veréis.

El que condenaba al inocente violando todas las leyes é insultando á la razon, no era de esperar fuese mas comedido en la especie de correccion que el demonio le habia sugerido. Así es que entrega Pilátos á Jesus á disposicion de los satélites de su inicuo tribunal, y sin hacer mérito de que lo prohibia la ley, le manda azotar. Viéndose ellos en las suyas, le desnudan y atan á una coluna, como si fuera una fiera indómita, y sucediéndose unos á otros hasta rendirse todos, le descargaron tantos y tan crueles azotes, que en ellos hubiera muerto mil veces, si no fuera Dios. Ya tenéis, señores, al fuerte y temible Sanson ligado en términos, que no escapará de las manos de sus enemigos; ya tenéis al Dios omnipotente reducido á la mísera suerte de un vil esclavo, y en poder de la potestad de las tinieblas en la hora que les estaba permitida. Aquel Dios y Señor del universo, cuya voz terrible troncha los encumbrados cedros, que convierte en humo á los montes con solo tocarlos, y que con tres dedos sostiene la pesada mole del mundo; aquel Dios y Señor de la majestad, ante cuya presencia los serafines se llenan de temor y espanto, y le adoran rendidas todas las Potestades del cielo, aquel Dios y Señor, ah!... Pero, ministros tigres é infernales, decid, ¿cuántos azotes habéis dado á ese humilde y manso cordero? Pero no lo diréis, porque el demonio os tiene ciegos, y vuestro diabólico furor ni sabe ni piensa mas que en desfogarse, ni se cansa. Al ménos vosotros, ángeles del cielo, decid cuántos azotes contasteis; mas los ángeles atónitos y confusos cubrieron sus rostros con sus alas de oro, y no pudieron hacerlo de vergüenza. Pues entónces tú mismo, ó pacientísimo Jesus, dínos cuántos fueron los azotes que recibiste, para que nosotros sepamos apreciar tus infinitos padecimientos. Mas ay! cristianos, ni el mismo Señor que los sufrió, puede decirlo. Así lo dice por boca del profeta: *se congregaron sobre mí los azotes, y no pude saber su número*. Una nube desoladora y estrepitosa, los rabiosos brazos de verdugos infernales, toda la furia del demonio descargó en confusa multitud precipitadamente sobre mí, y no puedo decirlo. En el libro de la eternidad están apuntados, y se nos dirán algun día para con-



fusion nuestra y en justa reconvenccion del nimio cuidado con que miramos por nuestros cuerpos.

Cuando al monstruo Pilátos le pareció, mandó suspender la correccion, mucho mas grave que mil suplicios, y vistiendo á Jesus con unos andrajos de púrpura, poniendo en su divina cabeza una corona de punzantes espinas y una caña por cetro, le presentó al público. Creía y esperaba que se apiadaria ya al verle en estado tan lastimoso, y para mas llamar la atencion, les dijo : *Ecce homo* : ved á este hombre. Mirádle bien : examinád cómo le he corregido ; ved cuál yo me he anticipado y aún excedido vuestros deseos de quitarle la vida, porque así es imposible que no muera : mirádle como os le pinta el profeta, herido, humillado como un leproso, sin figura de hombre, sin especie de hermosura. Mirádle bien ; ya no os podrá infundir temores ni sospechas ; así, decídmelo, ¿ qué es lo que hago ? Crucifícale, crucifícale, responden. — Pero qué mal ha hecho ? les repone Pilátos otra vez, confesando la inocencia de Jesus, y otra vez contradiciéndose. — Crucifícale, crucifícale. — ¡ Ah sinagoga impía ! ah pueblo judío, infiel, ingrato y desconocido ! Ah, cristianos ! el corazon desfallece, la imaginacion se seca y la lengua enmudece al considerar un ultraje, un encono y una ingratitud tan cruel y escandalosa. Yo soy hombre cargado de defectos á millares, pero cuando veo á un ingrato, ú oigo referir una ingratitud, no soy dueño de mí mismo ; me abate el sentimiento y me duele mas que mil muertes. ¿Cuál seria la pena de Jesus, al oír clamar contra su vida á aquel mismo pueblo, cuyos enfermos habia curado, cuyos desvalidos habia socorrido y cuya moralidad habia enmendado ? Y en situacion tan amarga, cuando estaba ya hecho un varon de dolores, llagado de piés á cabeza y sin poder vivir, ¿ cuánta seria su humillacion al ver que ni aún la compasion racional cabia en pechos de tigres ? Crucifícale, crucifícale, caiga su sangre sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestros hijos. Pues sí, infame, cruel, brutal pueblo, así será ; tú lo quieres, tú impones la sentencia á tu revolucionaria barbarie ; tú deshonoras, humillas, abates y desprecias á Jesus ; caerá gota á gota sobre ti y sobre todas tus generaciones su sangre salvadora del mundo y vengadora de ti.

Harto de oprobios y de humillaciones Jesus, deshonrado, envilecido y ultrajado en su honor, ante el cielo y la tierra, so-

breviviendo por un milagro patente del amor poderoso que tiene á los hombres, es condenado á muerte de cruz, para que el amor ejecute su martirio en lo único que ya le queda, acabándosele á la violencia de los mas acerbos dolores.

### TERCERA PARTE.

Alentáos, cristianos, contra vuestros temores, y ved salir á Jesus por entre la chusma furiosa de aquel pueblo fanático y sanguinario, cargado, como otro Isaac, con la leña para el sacrificio, en el cual él mismo es la víctima. Un juez el mas inicuo é injusto que vieron los siglos, por no disgustar á un pueblo loco, atizado por gente perversa, condenó al confesado inocente por sus labios ; lavó sus manos engañándose á sí mismo, al publicarle inocente, é hizo cargar sobre los hombros de Jesus, entregado á la voluntad de los judíos, la cruz en que iba á ser clavado, y salir camino del patíbulo entre dos ladrones. Llegád hasta aquella calle verdaderamente de Amargura, y veréis al Unigénito del Padre, al engendrado en el esplendor de los santos, ántes que el lucero de la mañana, al mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, agobiado con el enorme peso de la cruz, y mas aún con el de los pecados de todo el mundo que en ella iba á expiar ; veréis su sangre divina correr á rios de todo su sacratísimo cuerpo y regar con ella el largo camino : aquí desfallece, allí se desmaya, allá cae en tierra, de la que una turba de inhumanos tigres le arrastran y levantan á empellones. Animáos un poco mas, y subíd al sitio del suplicio, y le veréis desnudar de sus vestidos al que puebla de estrellas el cielo, cubre los campos de flores y frutos, y engalana á las aves y hasta á las criaturas mas insensibles. Veréis mas : clavarle de piés y manos en el madero, levantarle en alto y dejarle pendiente entre el cielo y la tierra por espacio de tres horas, hasta dar el último aliento en medio del mayor desamparo, en los brazos de la muerte mas cruel é infame. Yo, señores, cuando oigo ponderar la cultura y sabiduría de la legislacion romana, y hallo en ella este género de suplicio, digo, que la barbarie de los que no conocian á Dios, se tiene por ilustracion entre los que aún hoy día le aborrecen. Pues qué, ¿ no hay mas que dejar vivo á un hombre en situacion tan desesperada ? Meditáadlo bien y comprenderéis algo de lo que sufría Jesus. Sí,



allí sufrió crueles tormentos, su vida fué destilándose con su sangre gota á gota por las fuentes de sus heridas, hasta que con la última espiró. Oyó blasfemias execrables, insultos atroces, imprecaciones y denuestos los mas groseros, con tanta longanimidad y paciencia, que en lugar de venganzas, pedia á su eterno Padre perdon é indulgencia á favor de los que tan inhumanamente le trataban.

Pecadores, ya está consumada vuestra obra : ahí tenéis la cruz de Jesus moribundo, que es la cátedra del verdadero maestro que os enseña. Mirádle clavado de piés y manos, y en ellos todos los vicios y concupiscencias; mirád su cabeza, que es la del Dios de la gloria, de la grandeza y majestad, taladrada con punzantes espinas, y en ella castigado el orgullo, la ambicion y soberbia mundana; mirád su boca y lengua creadora y omnipotente, que con una sola palabra sacó el universo de la nada, ahora seca, árida y sedienta por la salvacion de todos los hombres, y en ellas castigadas nuestras blasfemias, indecencias y escándalos. Mirád su corazon purísimo, tálamo de la divinidad, centro y acogida de todos los necesitados, traspasado con una cruel lanza, y en él martirizados todos los proyectos impíos de iniquidad é injusticia; mirád sus entrañas piadosas en favor del mundo, acibaradas con hiel y vinagre, y en ellas castigados los planes horrendos de crueldad y de venganza. Mirád su humanidad sacrosanta despedazada, y en ella castigadas las impurezas y regalos que los mundanos permiten á sus cuerpos; mirád su alma feliz y bienaventurada, triste, afligida y desamparada hasta de su eterno Padre, enseñándonos á padecer las tristezas y miserias de la vida; mirád su honor, su gloria y santo nombre humillado, ultrajado y hecho el escarnio y la parábola de un populacho feroz é ingrato, y hasta de sus discípulos, amigos y favorecidos; con todo lo que nos enseña á despreciar los aplausos y honras mundanas, y á ser humildes en su presencia y la de los hombres. Mirádle en su vida natural hecho un varon de dolores, herido de piés á cabeza, sufriendo los mas imponderables tormentos y muriendo en los brazos de la muerte mas ignominiosa, cruel é infame. Oíd de su agonizante lengua una leccion la mas importante. *Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen.* Esta es, cristianos, la suma y compendio de la ley de Jesucristo, la caridad : si no la tenemos, no somos cristianos. Este divino ejemplo con los demas

que dió Jesus en la cruz, surtió allí mismo en los que estaban presentes el prodigioso efecto de ser ya reconocido por verdadero Hijo de Dios. Así lo confesó el centurion, y así se retiraban hiriendo sus pechos de penitencia, arrepentimiento y dolor los que habian presenciado aquel grande espectáculo : *Verdaderamente era este Hijo de Dios.*

Y nosotros lo confesamos así? Ay, hermanos míos! ya lo veremos : llegado es el tiempo de la prueba. Hasta ahora quizá no haya en este templo uno que con sus malas obras, vicios y desórdenes no haya negado mil veces á Jesucristo; veremos quién le confiesa ó niega con la lengua. Veremos quién oye y sigue su voz en la del Evangelio. El que sigue otra, niega su fe; no aprende las luminosas lecciones de la cruz, y ni ama á Jesucristo, ni es cristiano. Pues yo os conjuro y reniego con el Apóstol: el que no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, sea separado del pueblo cristiano, sea borrado del libro de la vida.

No permitáis, Señor y buen Jesus mio, que tal suceda á ninguno de mis hermanos, en la ocasion presente ni jamas. Fortaleced nuestra fe con vuestra santa pasion, animad nuestra esperanza en vuestra cruz; inflamad nuestra caridad con vuestro divino ejemplo. Queden para siempre borrados nuestros crímenes, y rociados con vuestra sangre; fijense altamente en nuestras almas las virtudes que nos habéis enseñado; seamos valerosos cristianos para imitarlas y seguir siempre impávidos los pasos de vuestra pasion adorable, peleando contra el error y el vicio, hasta merecer el premio en la Jerusalem de la gloria. Amen.